

# EL CASTILLO EN LA FRONTERA CULTURAL DEL RENACIMIENTO

---

RAFAEL M. PÉREZ GARCÍA  
Universidad de Sevilla

## 1. INTRODUCCIÓN

Los historiadores que se han ocupado de la literatura mística española del siglo XVI han llamado la atención sobre la multitud y variedad de sus fuentes. Recientemente, Melquiades Andrés ha resumido en cuatro conjuntos las distintas fuentes señaladas por los estudiosos: fuentes mediterráneas, nórdicas, semítica (judía) y árabe (musulmana)<sup>1</sup>. Así, esta literatura se nos muestra como un fruto del largo proceso de mestizaje cultural habido en la Península Ibérica a lo largo de la Edad Media y por la convivencia de las religiones judía, cristiana y musulmana. No es necesario recordar, en este sentido, las hipótesis de Américo Castro acerca del papel básico y fundamental que jugaron los conversos en la creación intelectual del Siglo de Oro en general, y en el terreno de la mística en particular<sup>2</sup>.

Desde fines del siglo XIX, Santa Teresa ha ocupado un lugar principal en la historiografía de la espiritualidad del siglo XVI. Su origen judeoconverso ha favorecido además el hecho de que en su persona se hayan recrudecido los debates en torno a los orígenes y las fuentes de la mística española. La imagen del castillo que aparece en *Las*

---

<sup>1</sup> ANDRÉS MARTÍN, M.: *Historia de la mística de la Edad de Oro en España y América*, BAC, Madrid, 1994, págs. 203-213.

<sup>2</sup> Véase, por ejemplo, CASTRO, A. (1949): *Aspectos del vivir hispánico*, Alianza, Madrid, 1987.

*Moradas* es un buen ejemplo de ello. Unamuno escribió que la Santa se inspiró en el paisaje de las murallas de Ávila para crear la alegoría del alma como castillo. Así Palacios salió al paso mostrando la semejanza de la imagen teresiana con descripciones presentes en textos de la mística musulmana española<sup>3</sup>. Y Robert Ricard reaccionó ante su interesantísima hipótesis recordando los precedentes inmediatos de Osuna y Laredo que Santa Teresa utilizó con seguridad<sup>4</sup>. Han seguido otras teorías que han acabado formando multitud y mereciendo recientes estados de la cuestión<sup>5</sup>.

La presente comunicación, dejando a un lado la controvertida cuestión de las fuentes concretas de Santa Teresa, estudia la imagen del castillo en cuatro textos de la literatura espiritual del siglo XVI, tres bien conocidos y un cuarto bastante olvidado. Pretendo superar el mero análisis formal y valerme de él para penetrar en el significado religioso del símbolo del castillo. El resultado de este estudio recuerda las raíces mestizas y la superposición de estratos culturales sobre los que se apoya nuestra cultura occidental.

## 2. CUATRO CASTILLOS ESPIRITUALES DEL SIGLO XVI: DESCRIPCIÓN Y ELEMENTOS

### 2.1. EL CASTILLO ESPIRITUAL EN *FUENTE DE VIDA* (APROX. 1527)

*Fuente de vida*<sup>6</sup> es un anónimo franciscano redactado en el primer cuarto del siglo XVI. Se trata de un pequeño catecismo en el que los rudimentos de la religión cristiana son expuestos a través de la imagen del castillo («*la fe es como un castillo muy fuerte*», se dice). Cada elemento de la religión católica es comparado con una pieza de un castillo. Algunos de los elementos de esta comparación son los siguientes: la fe, que se compara con un castillo muy fuerte; el alma, que es como torre de homenaje; las virtudes, los dones del Espíritu Santo, las bienaventuranzas y los frutos del Espíritu Santo, que son como cuatro torres del castillo; los sentidos corporales, que son como cinco «puertas alçadizas»; las ceremonias de la Iglesia, que son como una «cava honda», etc.

<sup>3</sup> ASÍN PALACIOS, M. (1946): «El símil de los castillos y moradas del alma en la mística islámica y en Santa Teresa», *Sadilés y alumbrados*, Hiperión, Madrid, 1990, págs. 179-190.

<sup>4</sup> RICARD, R.: «Le symbolisme du Chateau intérieur chez Sainte Thérèse», *Bulletin hispanique* 67 (1965), págs. 25-41. La similitud entre el *Tercer Abecedario* de Osuna y el castillo de las *Moradas* ya había sido notada por ROS, F.: *Un maître de sanite Thérèse. Le Père François d'Osuna*, Paris, 1936, pág. 623.

<sup>5</sup> PRIETO HERNÁNDEZ, J. M.: «Los orígenes de la alegoría del castillo teresiano», *Teresianum* 42 (1991), págs. 585-608. En CRIADO DE VAL, M. (dir.): *Santa Teresa y la literatura mística hispánica. Actas del I Congreso Internacional sobre Santa Teresa y la mística española*, Edi-6, Madrid, 1984, se pueden consultar varios estudios sobre las *Moradas*.

<sup>6</sup> Ha sido publicado por Luis Resines en RESINES, L.: «El último catecismo medieval», *Verdad y Vida* 200 (1992), págs. 311-341. A veces se atribuye la autoría de esta obrita a Bernabé de Palma.

## 2.2. EL CASTILLO ESPIRITUAL EN *TERCER ABECEDARIO ESPIRITUAL* DE FRANCISCO DE OSUNA (1527)

El *Tercer Abecedario Espiritual*<sup>7</sup> viene siendo considerado por los especialistas como la obra capital de la espiritualidad española del Renacimiento. Sintetiza y sistematiza la espiritualidad del recogimiento en un texto leído y valorado por los espirituales de la época<sup>8</sup>. En el tratado IV, Osuna se refiere al silencio absoluto que debe conservar el hombre en su alma o corazón, para lo que debe guardarlo de todo aquello que rompe y perturba dicho silencio. En ese contexto, aparece la imagen del castillo. El título del capítulo III del tratado IV es el siguiente: «*De cómo has de guardar el corazón a manera de castillo*».

El esquema osuniano es el siguiente: el demonio «*trae guerra*» contra el hombre con tres lanzas: el engaño, la fuerza (o miedo) y el hambre o mal deseo. Por estas tres «*partes*» «*se espera el peligro*» en el castillo del corazón: «*Y es de notar que, si el demonio solamente halla la una parte o camino de estos tres mal guardado, por allí se entra al castillo del corazón, y a unos prende por una manera y a otros por otra...*». Junto a los términos «*parte*» o «*camino*» por donde puede atacar el demonio se encuentra el término «*puerta*». Frente a los tres peligros con que ataca el demonio se deben poner «*por guardas*» las tres potencias del corazón, para que guarden las tres puertas, partes o caminos: la potencia racional, contra el engaño, la potencia irascible contra el miedo y la fuerza; y la potencia que desea (concupiscible) contra «*el hambre y mal deseo traído por el demonio*». Francisco de Osuna insiste en varias ocasiones en la necesidad de que no puede descuidarse ningún aspecto ni lugar de la defensa, porque de lo contrario el corazón no estará en silencio, es decir, la plaza caería en manos del enemigo: «*Donde si alguna ciudad estuviere guarnecida contra sus enemigos de grande baluarte y está cercada de grandes muros y fuertes, y encima de las torres tenga segura guarda, si a un solo portillo por negligencia falte defensión, por allí sin duda entrará el enemigo que parecía ser exclusivo y apartado por cualquier vía*»<sup>9</sup>.

<sup>7</sup> Utilizo la siguiente edición, la mejor de las editadas hasta el momento: FRANCISCO DE OSUNA: *Tercer Abecedario Espiritual*, introducción y edición preparada por Saturnino López Santidrián, BAC, Madrid, 1998.

<sup>8</sup> ROS, F. de: *Un maître de Sainte Thérèse. Le Père François d'Osuna*, Paris, 1936, parte III; Andrés MARTÍN, M.: *Op. cit.*, pág. 227.

<sup>9</sup> *Tercer Abecedario Espiritual*, pág. 163. Las citas anteriores están tomadas del tr. IV, cap. III. En realidad, la imagen del castillo de Osuna deriva directamente de Nicolás de Lira, el célebre exégeta del siglo XIII. Osuna desarrolla su argumento a partir del comentario que realiza sobre el versículo 3 del capítulo 4 del libro de los *Proverbios* («*Guarda tu corazón porque de él procede la vida*»), que desarrolla así apuntando su fuente: «*Sobre estas palabras dice la glosa que quiso decir el Sabio que guardásemos el corazón con toda diligencia, como se guarda el castillo que está cercado, poniendo contra los tres cercadores tres aparos: contra la carne, que nos cerca con deleites, poner la castidad; contra el mundo, que nos rodea con ri-*

2.3. EL CASTILLO ESPIRITUAL EN *SUBIDA DEL MONTE SIÓN* DE BERNARDINO DE LAREDO (1535)

Estamos ante otra de las grandes obras espirituales del siglo, considerada junto con *Tercer Abecedario* como una de las síntesis de la mística del recogimiento<sup>10</sup>. En el capítulo 46 de la segunda parte de su obra, Laredo nos presenta una descripción que no es propiamente la de un castillo, sino la de una ciudad amurallada que contiene en su interior otro recinto fortificado que él denomina «castillo» o «alcázar de la cibdad». En palabras de Bernardino de Laredo, se trata de «comparaciones» para mostrar cómo es la «cibdad de Dios», inspirada en las visiones de la Jerusalén celestial del capítulo 13 del libro de Tobías y en el libro del Apocalipsis. En resumen, esta ciudad tendría una planta cuadrada con tres torres en cada uno de los cuatro lados. Los muros serían de cristal y las torres de piedras preciosas. De lo alto de cada torre penderían cuatro clipeos o escudos de oro. En el punto central del cuadrado habría un cirio pascual encendido, cuya luz alumbraría con una tremenda claridad todo el recinto, atravesando muros de cristal y reverberando continuamente a causa de las gemas preciosas, resultando de esa manera un impresionante resplandor<sup>11</sup>. Y dentro

---

quezas, poner la liberalidad y limosna; contra el demonio, que nos persigue con rencores y envidia, poner la caridad» (*Tercer Abecedario*, pág. 162). Esa «glosa» no es sino el comentario bíblico de Nicolás de Lira. Compárense las palabras de Osuna con la nota de Lira sobre el mismo versículo: «*Omni custodia serva cor tuum quia ex ipso vita procedit sicut castrum obsessum a carne, mundo et diabolo: et contra carnem pone custodiam castitatis, contra mundum custodiam liberalitatis, contra daemonem custodiam charitatis*» (*Biblia Sacra cum Glossis, interlineari & ordinaria, Nicolai Lyrani Postilla & Moralitatibus, Burgensis Additionibus, & Thoringi Replis, Lugduni, 1545, vol. III, f. 313v*).

<sup>10</sup> ANDRÉS MARTÍN, M.: *op. cit.*, pág. 227. Me valgo de la siguiente edición: BERNARDINO DE LAREDO: *Subida del Monte Sión*, edición realizada por A. Alonso González, M. García Trascasas y B. Gutiérrez Rodilla, FUE-UPS, Madrid, 2000. Además de la excelente calidad del texto presentado, esta edición ofrece el texto de la *editio princeps* de 1535 y añade en nota las modificaciones más importantes realizadas en la de 1538 respecto a la anterior edición.

<sup>11</sup> La descripción es la siguiente: «...tome el entendimiento un campo de yqual llaneza y de toda graciosa y tal que, puesta el ánima en medio d'él, pueda verle del todo en todas sus partes en muy quadrada yqualdad e procure de cercarle todo de un fino cristal, que es piedra clara y preciosa. Y en cada uno de los paños o piezas de aquel quadrado se han de levantar tres torres labradas en preciosa pedrería, digo de gemmas preciosas; así que aquesta cerca torreada haga cercada cibdad, y que sea civitas sancta, Jerusalem celestial, cuyos muros está escrito que son de piedras preciosas. De manera que si los paños son quatro y las torres cada tres, serán estas torres doze... De lo alto de aquestas torres han de pender quatro escudos de fino de oro. De manera que el muro es un cristal admirablemente claro e las torres de todas gemmas preciosas e los escudos son de oro...»

«En el medio d'este ya cercado campo, que está en un quadrado yqual, se considere estar encendido un rico cirio pascual, cuya cera es limpidissima, cuyo pávilo es purissimo, ... así está el cirio encendido que en algún espacio o tiempo es imposible acabarse o disminuirse, ni faltar su claridad».

«... el cirio ... da de sí tan grande lumbré y de tanta claridad, que quiere passar el muro y se lança en el cristal, y del todo lo penetra. E las torres, fabricadas de diversidad de las muy preciosas piedras, así las penetra todas, que las haze piedras vivas; y el muy bivo resplandor, que ya está dentro y fuera de cada una de las piedras, reciproca y pássase en el jocundo cristal, y rebervera la claridad del cristal en cada una de las pie-

de este recinto, cerca del cirio: «Y aun tenemos otra torre que es castillo, es fortaleza, casa fuerte, casa real, es aposento del rey, alcazar de la cibdad. Está más cerca del cirio. Es omenaje de Dios y excede a las otras torres en tan cumplida eminencia... Y es fundada sobre un muy fino cristal tan fuerte como diamante, que no se puede quebrar, y de mil piedras preciosas está cercado su muro. Y de safiro y smaradgo [zafiro y esmeralda] son sus puertas fabricadas...».

La explicación de la simbología es la siguiente: el muro cristalino es la clara virginidad; las piedras preciosas son la muchedumbre de los bienaventurados; las doce torres son los doce apóstoles; los cuatro escudos, los cuatro evangelistas. Y el alcázar se identifica con la torre de Sión, con Nuestra Señora, la Virgen María, que es a la vez «la puerta por donde entramos a Dios». Y antes de terminar el capítulo Laredo apostilla: «Cierto es que ésta es la cibdad de Dios». Pero además de ciudad celestial, en el cielo, en la bienaventuranza, ésta ciudad se halla dentro del alma de la persona humana, porque se halla «la cibdad celestial fabricada en el ánima».

#### 2.4. EL CASTILLO ESPIRITUAL EN *MORADAS DEL CASTILLO INTERIOR* DE SANTA TERESA DE JESÚS (ESCRITO EN 1577).

Incautados los manuscritos de su *Vida* por la Inquisición desde 1575, la Santa es animada por uno de sus partidarios, el P. Gracián, a escribir un nuevo libro en el que expresar sus experiencias espirituales. Así, redacta en el año 1577 las *Moradas del castillo interior*<sup>12</sup>, en la que utiliza «una comparación para entenderse»: «considerar nuestra alma como un castillo todo de un diamante u muy claro cristal, adonde hay muchos aposentos, así como en el cielo hay muchas moradas».

Las palabras de la santa de Ávila explicando su castillo son insustituibles: «... nuestro castillo de muchas moradas. No havéis de entender estas moradas una en pos de otra como cosa de hilada, sino poned los ojos en el centro, que es la pieza o palacio adonde está el rey, y considerad como un palmito, que para llegar a lo que es de comer tiene muchas coberturas, que todo lo sabroso cercan. Así, acá, en rededor de esta pieza están muchas y encima lo mesmo; porque las cosas del alma siempre se han de considerar con plenitud y an-

---

dras; y las piedras y el cristal en los escudos o clipeos lançan su reberverança; e los escudos en el cristal e las gemmas dan su reberveración, e así cada una de las piedras participa la claridad de las otras y todas las de cada una y del cristal y del oro; y el oro de las piedras e cristal recibe refulgente resplandor e ni por solo un momento cessan de reciprocarse, que es passar de unas en otras e tornar a repassar esse mismo resplandor. E quanto más repassan y reciprocarse, tanto más se multiplica en todas el resplandor, o para dezir mejor e con mejor propiedad, el resplandor los multiplica en sí y él no se puede aumentar, que solo un resplandor es y de un solo un cirio viene, conviene a saber, del Cordero, que el Apocalipsi dize que alumbrá nuestra celestial cibdad...».

<sup>12</sup> Manejo la edición incorporada en las *Obras Completas de Santa Teresa de Jesús*, transcripción, introducciones y notas de Efrén de la Madre de Dios y Otger Steggink, BAC, Madrid, 1997. Las citas que siguen están tomadas de las *Primeras Moradas*.

*chura y grandeza, pues no le levantan nada, que capaz es de mucho más que podremos considerar, y a todas partes de ella se comunica este sol que está en este palacio*». Santa Teresa insiste en el punto central como el lugar donde se encuentra Dios: «... *este castillo tiene... muchas moradas, unas en lo alto, otras en bajo, otras a los lados, y en el centro y mitad de todas éstas tiene la más principal, que es adonde pasan las cosas de mucho secreto entre Dios y el alma*». Y si el alma es el castillo, el cuerpo es «*la grosería del engaste u cerca de este castillo*». Las guardas del castillo son las potencias del alma. La puerta para entrar en el castillo es la oración y consideración. Entrando por esta puerta, las *Moradas* es el relato de la experiencia por la cual la persona entra en sí misma, comenzando por las primeras moradas (el conocimiento propio), hasta gozar en las séptimas moradas de la más estrecha intimidad divina. Un camino por el interior del castillo, del alma, recorrido en un combate casi continuo con los demonios.

### 3. LA CONCEPCIÓN DE LA REALIDAD EN EL SIGLO XVI Y EL RECURSO A LA IMAGEN DEL CASTILLO.

La concepción de la realidad imperante en el siglo XVI era la misma que en la época medieval, y básicamente se fundaba en la distinción entre lo material o corporal (visible), y lo espiritual (invisible). El hombre, dotado de cuerpo y alma, quedaba como puente tendido entre esos dos conjuntos de realidades, y capacitado en virtud de ese principio espiritual existente en él para conocer lo no visible, el resto de realidades espirituales: los espíritus angélicos y a Dios. Partiendo de este sencillo esquema, los místicos plantean la posibilidad del conocimiento de Dios partiendo de lo creado visible para, en un proceso gradual, ir conociendo el resto de realidades creadas (primero visibles y luego invisibles) hasta llegar a lo increado, es decir, Dios<sup>13</sup>.

Es precisamente en este contexto en el que cobra sentido la imagen del castillo. Los espirituales recurren a lo material-visible para explicar y representar lo espiritual-invisible. Los cuatro castillos espirituales, tal y como los he denominado, cumplen esta función. Sin embargo, la utilización que del castillo hacen no es idéntica. Existen diferencias de distintos tipos. Por un lado, si el castillo de *Fuente de vida* es perfectamente identificable como uno real y normal del momento, el de Laredo es absolutamente fantástico. Por otro lado, si Osuna y santa Teresa identifican claramente alma y castillo, para Laredo el alma es la ciudad celestial, y ésta se halla presente dentro del alma; y para el anónimo de *Fuente de vida* el alma se representa mediante la torre

---

<sup>13</sup> Una exposición rápida pero más detallada de la concepción de la realidad de nuestros místicos se halla en PÉREZ GARCÍA, R. M.: «La construcción social de la emisión ideológica. El caso de la literatura espiritual en la España del Renacimiento», *Ambitos. Revista Internacional de Comunicación* 9-10 (2002-2003), págs. 531-549, especialmente págs. 534-539. Un análisis exhaustivo y pormenorizado se encuentra en mi tesis doctoral, de próxima finalización.

del homenaje del castillo de la fe. Y mientras éste autor hace una descripción completa de cada uno de los componentes del castillo, Osuna no entra casi en detalles y santa Teresa olvida prácticamente los elementos externos del castillo para centrarse en el interior del mismo y en el recorrido a realizar. Existen, pues, semejanzas y disimilitudes.

#### 4. EL SIGNIFICADO DEL CASTILLO: EL CASTILLO COMO PARAÍSO

Pero, ¿por qué recurren nuestros escritores espirituales a la imagen del castillo para referirse al alma? Para obtener una respuesta hemos de recobrar todavía otro recurso cultural, el Paraíso.

El Paraíso como tierra de la vida, de la plenitud, de la no-muerte, ha sido uno de los referentes culturales más importantes de la historia humana<sup>14</sup>. En la tradición judeo-cristiana el relato del *Génesis* jugaba un papel fundamental, porque mostraba un estado originario en el que el hombre se hallaba en una situación poco menor a la de los ángeles<sup>15</sup>. La elaboración teológica cristiana desde los Padres de la Iglesia fue elaborando con precisión una descripción completa de aquella felicidad primera: no había mal, ni injusticia, ni pobreza, el hombre gustaba de la gloria por contemplación y disponía de una ciencia y una sabiduría casi plenas. Por aquel Paraíso terrenal paseaba Dios y el hombre hablaba con Él cara a cara. Sin embargo, el Pecado ocasionó la pérdida de tal situación, introduciéndose en la vida e historia humanas la muerte, el dolor, la ignorancia y un oscurecimiento de la capacidad humana para conocer lo espiritual. Referente cultural idílico, los cristianos medievales y del siglo XVI buscaron por la Tierra el Paraíso, considerado un lugar geográfico situado a Oriente. Pero pareja a la búsqueda física, existió otro tipo de búsqueda, la espiritual. Es aquí donde cobra sentido la mística cristiana, que no es sino un retorno espiritual al Paraíso, un intento de reconstrucción de la situación original del hombre. En la mística, el Paraíso se sitúa en el interior del hombre, y la visión de Dios se persigue mediante la contemplación a partir de un proceso que partiendo de lo creado, y liberando al hombre de toda manifestación o secuela de pecado, conduce de nuevo a Dios. Frente al Adán caído, sitúan a Cristo, nuevo Adán que devuelve al hombre a su origen primero. Así, para los espirituales del siglo XVI, imitación de Cristo es reconstrucción (regeneración) del hombre<sup>16</sup>. Y es aquí donde tiene sentido la imagen del castillo.

A primera vista, se podría afirmar que el recurso a una imagen tan defensiva como la del castillo podría explicarse por la necesidad del místico de guardar el corazón de

<sup>14</sup> VIGNERAS, L. A.: *La búsqueda del Paraíso y las legendarias islas del Atlántico*, Casa-Museo de Colón y Seminario de Historia de América de la Universidad de Valladolid, Valladolid, 1976.

<sup>15</sup> Cf. Salmo 8, 6-9.

<sup>16</sup> Esta cuestión es ampliamente desarrollada en mi tesis doctoral.

los enemigos que acechan en el camino de la unión con Dios. Sin embargo, la respuesta es más compleja. Osuna, Laredo y Santa Teresa afirman que el alma es también el Paraíso. Dice Osuna: «*El corazón del justo es paraíso terrenal, donde se viene el Señor a deleitar... Y es también a nosotros paraíso del deleite, porque en el corazón comenzamos a gustar el deleite del paraíso... y así nuestro Rey y Señor Dios, no contento con lo que en el paraíso celestial tenía, quiso hacer acá en la tierra una casa para su deporte, que es el corazón del hombre, y llámalo paraíso terrenal... Llámalo terrenal, porque está en la tierra de nuestro cuerpo situado*»<sup>17</sup>. Y en la edición de 1538 de la *Subida del Monte Sión*, en el título del capítulo 46 de la segunda parte Laredo especifica que esa «*ciudad de Dios*» «*es el paraíso celestial*»; y de Cristo se dice que nos abre la «*puerta del paraíso*»<sup>18</sup>. Finalmente, Santa Teresa escribe: «*no es otra cosa el alma del justo sino un paraíso adonde dice Él tiene sus deleites. Pues, ¿qué tal os parece que será el aposento adonde un rey tan poderoso, tan sabio, tan limpio, tan lleno de todos los bienes se deleita?*»<sup>19</sup>. Aplicando la lógica más elemental, el resultado es que si alma es Paraíso, y alma es castillo, tenemos que Paraíso es castillo. En realidad, la identificación del Paraíso con un castillo es anterior a la del alma. De hecho, sostenemos que es de la consideración del Paraíso como un recinto amurallado, cerrado y guardado, desde la que se origina la concepción murada del alma, del alma como castillo.

El relato del *Génesis* al narrar la expulsión del hombre del Paraíso terrenal parece dar a entender que éste se hallaba cercado, al quedar guardando los querubines el camino que llevaba al árbol de la vida, situado dentro del Edén<sup>20</sup>. Y la visión de la Jerusalén celestial del capítulo 13 de *Tobías* es la de una ciudad amurallada (con muros de piedras preciosas y torres y almenas de oro). El hecho de que el término «Paraíso» se utilizase para designar tanto el Paraíso original, como la gloria celestial de los bienaventurados y la situación en la que el alma gozaba de la contemplación de Dios en esta vida, como ya recordaba san Agustín<sup>21</sup>, hizo que todas esas situaciones, de por sí peculiares, se confundiesen y se valorasen y utilizasen en términos de identidad. Ya vimos como Laredo asociaba la ciudad celestial con el paraíso. También Juana de la Cruz, «*la Santa Juana*», confunde el Paraíso terrenal con el celestial a comienzos

<sup>17</sup> *Tercer Abecedario Espiritual*, pág. 167.

<sup>18</sup> *Subida del Monte Sión*, págs. 352 y 355.

<sup>19</sup> *Primeras Moradas*, pág. 472.

<sup>20</sup> *Génesis* 3, 24.

<sup>21</sup> SAN AGUSTÍN: *Del génesis a la letra*, XII, 34: «... si en sentido propio se da el nombre de paraíso a un lugar frondoso, también en sentido figurado puede llamarse con razón paraíso a toda como región espiritual donde el alma es feliz; e igualmente puede llamarse paraíso no sólo al tercer cielo, cualquiera cosa que sea, el que sin duda es grande y excelentemente sublime, sino también a la alegría que posee el hombre debido a la buena conciencia» (*Obras de San Agustín*, BAC, Madrid, 1957, tomo XV, pág. 1.263).



del siglo XVI<sup>22</sup>. Era, por otra parte, una confusión de larga duración. En el siglo XII, el abad Benedeit en *El Viaje de San Brandán*, un libro de la literatura medieval maravillosa de viajes, relata la llegada de Brandán al Paraíso terrenal donde habitó Adán pero que es al mismo tiempo el cielo donde habitan los ángeles y Dios. De hecho uno elementos de ambos lugares: al divisar el Paraíso dice: «*al principio sólo ven una muralla que se alza hasta las nubes*», y luego explica cómo es la muralla de manera que recuerda claramente la descripción de Tobías de la ciudad celestial: una muralla engastada de piedras preciosas, reluciente y refulgente<sup>23</sup>.

Existía todavía otro elemento que insistía en ese carácter cerrado, murado, del Paraíso primero. Deriva de la comparación de Adán, creado en el Paraíso, con Cristo, Nuevo Adán, encarnado en el vientre de la Virgen. De hecho, el vientre de la Virgen María era figura del Paraíso y de la vuelta del hombre a aquel. Más aun, su vientre también participaba en la literatura religiosa del término «Paraíso»: por ejemplo, Francisco de Osuna se refiere en el título de uno de sus libros de sermones al Paraíso virginal por contraposición al Paraíso de las delicias<sup>24</sup>. Osuna no hacía sino retomar un lugar común de la tradición teológica cristiana. También Laredo se refiere al vientre de la Virgen como Paraíso<sup>25</sup>. Pero lo interesante aquí es que el carácter cerrado del vientre de la Virgen, «*hortus conclusus*», había merecido también en diversos textos medievales (el poema anglo-francés *Château d'amour* de Robert Grosseteste en el siglo XIII; Meister Eckhart) la comparación con un castillo o una ciudad amurallada<sup>26</sup>.

Así pues, existían en el utillaje cultural del Occidente cristiano imágenes muradas de uno de sus elementos fundamentales, del Paraíso. Imágenes que procedían, en último término, del mundo mesopotámico (*Génesis*), judío (*Tobías*) y paleocristiano (*Apocalipsis*) Imágenes que el mundo feudal convirtió en castillos. Aquel referente ideal dio lugar ya en textos bíblicos posteriores al *Génesis*, como el de *Tobías* o del *Apocalipsis*, a diseños de arquitecturas fantásticas e irreales de ciudades amuralladas. E igual efecto produjo en la literatura espiritual española del siglo XVI. El recurso a la imagen del

<sup>22</sup> Francisco de Osuna afirma que de no haber pecado, el hombre habría pasado al cielo sin necesidad de la muerte (FRANCISCO DE OSUNA: *Ley de amor*, Valladolid, 1551, f. 24v). Juana de la Cruz afirma, no obstante, en uno de sus sermones, que de no haber habido pecado todavía estaríamos en el Paraíso terrenal (*El Conhorte: Sermones de una mujer. La Santa Juana (1481-1534)*, FUE-UPS, Madrid, 1999, II, pág. 1.454).

<sup>23</sup> BENEDEIT: *El Viaje de San Brandán*, en *Libros de Maravillas*, Siruela, Madrid, 2002, págs. 70-73.

<sup>24</sup> FRANCISCO DE OSUNA: *Expositionis super missus est alter liber: ubi agitur de hominis reformatione in paradiso deliciarum deformati, ac per incarnationem filii Dei, in paradiso virginea reparati*, Amberes, 1535.

<sup>25</sup> *Subida del Monte Sión*, pág. 355.

<sup>26</sup> LÓPEZ BARALT, L.: «El símbolo de los siete castillos concéntricos del alma en Santa Teresa y en el Islam», *Huellas del Islam en la literatura española*, Hiperión, Madrid, 1985, pág. 76.

castillo, o de la torre del homenaje, para referirse al alma era absolutamente normal teniendo en cuenta las relaciones de significado que ésta guardaba con el Paraíso en la concepción que de la realidad tenían nuestros escritores místicos del Renacimiento.

La imagen del Paraíso encastillado estaba en las imaginaciones de las personas del siglo XVI. Se trataba de un verdadero modelo arquitectónico ideal. Sin embargo, su carácter ideal no evitó que se produjesen transferencias desde el modelo ideal hacia la arquitectura real. Investigaciones recientes explican cómo algunos conventos bajomedievales castellano-leoneses de clarisas, con abundantes elementos mudéjares, intentan ser una réplica física del Paraíso: su carácter cerrado, su estanque como imagen de los cuatro ríos del Paraíso, ... señalarían en esa dirección<sup>27</sup>. Al mismo tiempo, aquellas gentes recordarían a partir de la realidad el referente ideal: en las palabras del fraile sevillano Bernardino de Laredo al referirse a la torre que se encuentra cerca del cirio pascual («*Y aun tenemos otra torre que es castillo, es fortaleza, casa fuerte, casa real, es aposento del rey, alcazar de la ciudad*») parece reconocerse, a través de algo supuestamente ficticio, la realidad de los Alcázares Reales de Sevilla, recinto amurallado que guardaba jardines, estanques y el palacio del rey.

Alma, Paraíso y castillo eran palabras y conceptos asociados en la tradición espiritual occidental. Formaban parte del bagaje literario religioso de la civilización al menos desde la literatura veterotestamentaria. Desde los orígenes de la civilización en Próximo Oriente la realidad de la fortaleza o de la ciudad con murallas fue traspasada al ámbito de la alegoría. El castillo material, que en la España de comienzos del Renacimiento todavía señalaba la frontera y delimitaba los espacios entre culturas, era a la vez, y paradójicamente, y en tanto que utilizado con un significado alegórico, una muestra ejemplar de simbiosis cultural, de lo difuso y permeable de las fronteras culturales.

---

<sup>27</sup> LAVADO PARADINAS, P.: *Arte en los conventos de clarisas de Castilla-León. Estado de la cuestión*, ponencia presentada en *El Franciscanismo en la Península Ibérica. Balance y Perspectivas. I Congreso Internacional sobre el franciscanismo en la Península Ibérica*, celebrado en Madrid los días 22-27 de septiembre de 2003, en prensa.